

petidas de los magiars, rehacía lentamente su cultura, recogiendo fragmentos de civilizaciones rotas, escuchando latidos de ancestrales pulsaciones, armonizando elementos que descendían por los caminos del Norte y tejiéndolo todo con los hilos dorados que a través de los mares y los desiertos enviaban la inspiración asiática, los puertos egipcios, los focos del saber bizantino, siempre renovado, y los reverberos de la ciencia antigua de los sasánidas. El milagro se realiza al comenzar la undécima centuria. Es entonces cuando, según la expresión de Raúl Glaber, la tierra se cubre con el manto blanco de sus iglesias. Nace el templo románico, con sus naves misteriosas, con sus pórticos historiados, con sus arcadas de medio punto, con sus bóvedas de arista o de cañón, con sus cúpulas audaces, con la riqueza de sus capiteles y la fuerza de sus pilares y la gloria de sus pinturas, con su gracia y su solidez, su intimidad y su espiritualidad, su anhelo de belleza y la profundidad de su instinto religioso. Es una construcción en que todo revela la obsesión simbólica y la finalidad litúrgica, un arte rico, elegante y sólido, de fecundidad inagotable, que se escalona junto a los caminos de la peregrinación, que nace del culto de las reliquias y crece e irradia por la devoción a los santos. La iglesia se convierte en un libro o en un poema, donde todo

habla y canta, exhorta y sugiere, enseña y predica. Los capiteles y las repisas, los muros y las cúpulas, todo está adornado de escenas hagiográficas o de historias ejemplares; todo palpita y se enriquece con una riquísima imaginaria, en que las reminiscencias mitológicas se mezclan con las figuras de la *Biblia* y los ecos de las teogonías orientales con los sucesos de la vida de Jesús y las hazañas de los héroes del cristianismo. Las melodías arquitectónicas se levantan en sabia correspondencia con las formas ornamentales, y la teología se junta con la historia para señalar su sitio a cada estatua, a cada color, a cada símbolo, a cada personaje: en los pórticos, escenas del juicio y de la gloria; en los muros, la vida del Salvador, en contraste con las figuras y vaticinios del Antiguo Testamento; en los ventanales, las imágenes de los profetas y de los santos, con sus fornidos cuerpos, sus rostros abultados, sus atributos tradicionales y su actitud noble y serena; en el pavimento, los temas más profanos, de los vicios y las virtudes, las artes y las estaciones; en los pilares de la nave, los apóstoles llevando sus insignias respectivas: el libro, las llaves, la espada o la cruz; en el ábside o en las trompas de la cúpula, el tetramorfos, es decir, los cuatro símbolos de los evangelistas: el ángel, el buey, el águila y el león.

(Continuará.)

